

EL TRÍO DE LA DAMA NEGRA



Capítulo 23

EN PARÍS



—Tienes que ser más indulgente con tu madre... —me decía mi padre mientras el carruaje nos dejaba en la estación para coger el tren directo a París.

—Tienes toda la razón, papá —le contesté—. Pero a veces no es tan fácil.

—Tampoco es fácil ser una buena madre. Cada cual lo hace lo mejor que

puede.

Yo no estaba tan convencida, pero no tenía la menor intención de llevarle la contraria. Por otra parte, la discusión entre nosotros estaba desequilibrada: mi padre sabía que mis relaciones con mi madre tenían muchos altibajos, mientras que yo no sabía a qué se debían las continuas tensiones entre ellos. Lo descubriría años más tarde, cuando por fin conocí a mi verdadera madre.

Pero aquel verano, cuando el señor Nelson cargó las maletas de mi padre y mi pequeño nécessaire de viaje en el tren, todavía era una niña adoptada que no sabía que lo era.

—¡Hasta muy pronto, Horace! —me despedí del mayordomo cuando la locomotora silbó—. El tiempo de descubrir algo y volvero.

—Se lo ruego, señorita Adler —me despidió él afectuosamente. Parecía que quisiera montarse conmigo en el tren y poco faltó para que me despeinara con una caricia.

No hace falta decir que había sido facilísimo convencer a mi padre de que me llevara a París con él e imposible hacer otro tanto con mi madre. Lo que más parecía angustiarse era el viaje de regreso, que tendría que hacer completamente sola en tren.

—¿Qué sentido tiene ir a París para un solo día? —casi gritaba mi madre.

Mi pretexto había sido patético. Dije que necesitaba ciertos libros que se encontraban en nuestra casa de París y que no podía esperar a que mi padre me los mandara. Los cogería la noche de mi llegada y al día siguiente tomaría nuevamente el tren para volver a mi lugar de veraneo.

—¡Eso es una chiquillada, Irene! ¡Nada más que una chiquillada! —estalló mi madre antes de resignarse ante mi testarudez.

Por una vez, tenía razón. Solo que ni de lejos podía imaginar de qué clase de chiquillada se trataba.

Corrí a mi asiento en el carruaje y me acomodé junto a la ventanilla, enfrente de mi padre. Él me miraba satisfecho, como si observara un pequeño tesoro.

—No hay quien te pare, ¿eh? —me preguntó.

Y fue como si, con aquella simple frase, me hubiera querido decir que conocía toda la historia de mi aventura secreta.

Mi padre se iba a trabajar cuando el sol no había salido todavía, así que no supo a qué hora dejé nuestra casa en Saint-Germain-des-Prés al día siguiente para ir a pie al número 6 de la rue de Mézières. No estaba lejos de donde vivíamos y probablemente fue aquella cercanía la que me indujo a actuar sola para llevar a cabo una parte de la investigación de la cual ni Sherlock ni Lupin estaban al corriente.

Crucé la rue de Saint-Sulpice y proseguí hacia los jardines para torcer luego por una callecita de casas bajas y estrechas, de tipo más bien popular.

El número 6 correspondía a una casita de dos plantas que debía de haber conocido tiempos mejores. Llegué a ella cuando aún no eran las ocho de la mañana. Mi tren salía a mediodía y tenía conmigo todo lo necesario para la vuelta, incluidos los famosos libros que me servirían para la pequeña representación ante mi madre.

Junto a la cancela, en uno de los pilares de ladrillos que la sostenían, había una campanilla de latón. Tiré de la cuerda, que produjo un delicado repiqueteo, y me dispuse a esperar que alguien viniera a abrirme.

Para mi sorpresa, llegó una señora bastante mayor, vestida con gran sencillez, a la que debía de haber interrumpido durante su aseo matinal. Tenía un rostro muy hermoso pero también muy marchito. El tiempo había sido despiadado con sus facciones.

—¿Qué desea, señorita? —me preguntó mientras terminaba de secarse las manos.

No me había preparado una historia propiamente dicha, así que no sabía exactamente de qué manera explicar mi presencia allí. Elegí, por tanto, el camino más directo, la única pista que había entrevisto y que había seguido hasta aquella dirección, incluso arriesgándome a hacer un largo viaje para nada.

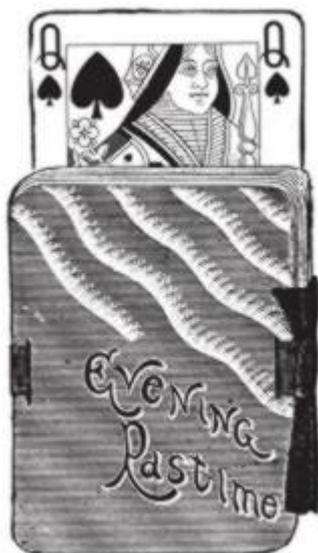
—Lamento molestarla, señora —empecé a decir con una gran sonrisa tranquilizadora—, pero... no sé bien cómo decírselo. ¿Conoce a una persona que se llama François Poussin, o quizá... Jacques Lambert?

Ella me miró, asombrada y apenada al mismo tiempo, y yo traté de intuir, por la expresión de su rostro, en qué estaba pensando mientras me miraba.

—Sé que de vez en cuando manda una carta a estas señas —seguí diciendo sin perder la sonrisa—. Así que me he preguntado si usted, o alguien de esta casa...

Como si hubiese intuido los acontecimientos de Saint-Malo, la señora se echó a llorar sin previo aviso. E igual de repentinamente me preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué le ha pasado a Julien?



Capítulo 24

EL HOMBRE DE LOS MUCHOS NOMBRES

El jueves por la tarde, tal como habíamos quedado, nos encontramos en la casa Ashcroft.

Cada uno llegó por un camino distinto, con pocos minutos de diferencia uno de otro.

Sherlock fue el primero. Yo la segunda. Y Lupin el último, en su barca de remos.

Los tres teníamos grandes novedades que contarnos. Según parecía, el inspector Flebourg había actuado: el soplo sobre la conducta deshonesto de dos de sus hombres había convencido al íntegro funcionario de la Gendarmerie para pedir refuerzos a la jefatura provincial y utilizarlos para poner orden en la ciudad.

—Cuando entraron en la plazuela —nos contó Lupin con los ojos brillantes—, de Salvatore Macrì no quedaba ni rastro. El italiano había escurrido el bulto dejando al descubierto su red de contactos y a los peones que empezaban a colaborar.

—En mi opinión, dentro de poco se sabrá quién mató al hombre de los dos nombres —explicó Lupin. Y añadió que el inspector había confesado a su padre que la hipótesis del suicidio había que descartarla totalmente: el náufrago tenía en la nuca un gran hematoma, como el de alguien que ha sido golpeado con fuerza. Luego le habían metido las piedras en los bolsillos para que se hundiera, pero lo habían tirado al mar en un lugar inapropiado desde el cual la corriente lo había llevado a la orilla.

—Entonces debe de haber sido alguno de los de la banda que conoce poco el mar —observó Sherlock imperturbable—. De otro modo no habría cometido un error tan grave.

«¿Y la nota?», se preguntaron los chicos. ¿Qué sentido tenía aquella nota?

Yo seguí callada aún, porque quería contar la sensacional novedad de la que me había enterado en mi breve viaje a París.

—Yo he descubierto que mi madre conoce muy bien a la señora Martigny —contó Sherlock—. Y al enterarme, me he sentido muy estúpido. Figuraos, ¡es una de las tres señoras con las que juega al bridge todas las tardes!

Sherlock le había hecho una serie de preguntas a su madre, mediante las cuales había descubierto que el robo de la joya supuso un golpe realmente duro para la familia Martigny. Su marido, advertido de lo sucedido por telegrama, incluso amenazó con divorciarse, pues la joya desaparecida era la más valiosa de la familia. El hombre había insistido en que la mujer no la llevase consigo durante su veraneo en la costa. Huelga decir que su señora no había querido hacerle caso.

—Por lo que parece, sin embargo —siguió contando Sherlock—, las amigas de mi madre han apoyado a la señora Martigny. El robo ha sido tan espectacular e imprevisible que sería muy difícil culpar a la señora de descuido.

Y después de una larga pausa, repitió meditabundo:

—Muy difícil. Tenía la mirada ausente y no dejaba de morderse el labio inferior.

—Eso no es todo, ¿verdad? —le pregunté.

—No sé qué decir —confesó Sherlock con una mueca—, pero hay algo que sigue sin cuadrarme... —

¿Sospechas que la solidaridad femenina de las amigas de la señora Martigny no es sincera? —apremié.

—Bueno, de hecho —intervino Lupin—, las mujeres no saben trabajar en equipo.

Mi mirada lo traspasó como una flecha.

—En fin, ¡salvo excepciones! —añadió entonces con una risita.

Sherlock se levantó de la arena, en la que nos habíamos sentado, y empezó a andar de un lado para otro.

—No, no es eso —dijo—. Encuentro muy normal que cuatro señoras, amigas entre ellas, tiendan a comprenderse y a apoyarse... Y tengamos en cuenta que mi madre ha sido la última en llegar al grupo, las otras tres vienen de veraneo a Saint-Malo desde hace mucho, se juntan desde hace años.

Las otras tres, dejando a un lado a la señora Holmes, eran la señora Martigny, la señora Foucher y la baronesa Gibard.

—Pero no termino de entender, sin embargo, cómo es posible que alguien como nuestro hombre de los dos nombres lograra introducirse desde aquel tejado, robar el collar y finalmente salir por donde había entrado sin que nadie lo viera.

—¿Qué hay de increíble en todo eso? —le pregunté, luchando dentro de mí por el deseo de contar lo que había descubierto en París de labios de la madre de nuestro hombre misterioso, que en realidad no se llamaba Poussin y tampoco Lambert.

—Es bastante elemental —respondió Sherlock—. ¿Os acordáis de cuando le dimos la vuelta en la playa?

Lupin y yo asentimos.

—Pesaba mucho —concluyó Sherlock—. Y no solo a causa de la ropa empapada y las piedras de los bolsillos, no... Era un hombre más bien rellenito y nada musculoso.

Miré a Lupin, que asentía gravemente.

—Es cierto. No parecía estar en forma.

Sherlock me miró, como invitándome a hablar. Yo, no obstante, no tenía nada que decir sobre la corpulencia de aquel hombre. Sin embargo, tenía otras cosas que decir de él. Muchas más.

—François Poussin o Jacques Lambert se llamaba, en realidad, Julien Lascot—empecé diciendo, dejando de piedra a mis amigos—. Y lo sé seguro, dado que he tenido oportunidad de hablar con su madre.

Ambos se sentaron.

Y me miraron en silencio.

Ahora me tocaba hablar a mí.

—Su madre se lo esperaba. Dice que sabía que un día u otro alguien llamaría a su puerta para comunicarle la noticia de que su hijo había muerto. Pero siempre había supuesto que sería un policía y no una joven como yo.

Sonreí al recordar el momento en que me había hecho sentar en su sencillo pero digno salón.

—Los Lascot nunca han sido pudientes, el padre de Julien era albañil y tenía cierta reputación entre sus clientes, pero, según parece, Julien no quería saber nada ni de estudios ni de seguir las huellas de su padre. Se escapó de casa por primera vez, a los dieciséis años, y desde entonces no había vuelto del todo. Aunque su madre no me lo dijo explícitamente, comprendí que Julien se había convertido en un pequeño malhechor que vivía a salto de mata, obsesionado por la idea de demostrar lo que valía. Escribía periódicamente a su casa para contar sus proezas y se esforzaba en recalcar cada uno de sus éxitos con palabras enfáticas. En realidad, según cree su madre, estaba despilfarrando su dinero, su belleza y su poder de fascinación dejándose arrastrar por las peores pasiones: el juego y... ¡las mujeres de los demás!

Esperé que aquella noticia calara bien en la mente de mis amigos y continué:

—Julien era un mentiroso empedernido. Probablemente no contó ni una sola verdad en toda su vida. Cada vez que un negocio o una apuesta le salía mal, cambiaba de ciudad y volvía a empezar. Por eso su madre se esperaba una noticia como la que le di.

—Pero ¿estás segura de que ese Julien era precisamente nuestro hombre, el hombre de la playa? —me preguntó Lupin en ese punto de mi relato.

Conté entonces mi encuentro con el director de la oficina de correos y que probablemente la policía había llegado a la misma conclusión.

—Pedí a la señora Lascot que no contara a nadie mi visita... —añadí—. Y ella me aseguró que guardaría el secreto. «Me lo esperaba —me dijo cuando nos despedimos en la puerta—. Duele decirlo tratándose de tu hijo, pero las personas de mala vida siempre acaban mal». Y con esas palabras me despidió.

Sherlock, Lupin y yo hablamos largamente sobre el significado real de aquel descubrimiento. Al final, con todo, los tres coincidimos en que parecía la única explicación sensata de los hechos. Fue Lupin quien hilvanó los elementos:

—Las personas de mala vida siempre acaban mal —empezó a decir, repitiendo la amarga frase de la señora Lascot—. En el fondo, esto lo explica todo: el hombre de la playa no era un profesional del robo habilidoso, como ha hecho notar Sherlock, pero su vida, en todo caso, estaba hecha de embaucamiento, mentiras, pequeñas estafas y robos ocasionales. Esta vez había hecho su pequeña obra maestra, un golpe de experto, pero no fue suficiente. Se mezcló con gente como Macrì e incluso peor que Macrì, y con eso firmó su sentencia de muerte.

El «caso del náufrago», como había sido bautizado por los habitantes de Saint-Malo, podía darse por cerrado. Quedaban aún, por supuesto, detalles importantes que aclarar, por ejemplo si había sido el propio Macrì o algún otro malhechor de su banda el que había ordenado la muerte de Lascot. Pero, ahora que sabíamos qué clase de hombre había sido nuestro «náufrago», parecía claro que aquel era un delito gestado en los ambientes del hampa.

Los tres estábamos electrizados por lo que habíamos descubierto en nuestras indagaciones y repetíamos, imitándolas, las situaciones importantes, absurdas o peligrosas en las que nos habíamos visto envueltos en la última semana.

Fue, por fin, una bonita tarde de tranquilidad en la que volvimos a tomar contacto con la ciudad en que pasaríamos los dos meses siguientes, y con la vieja casa abandonada que se había convertido en cierto modo en nuestra guarida secreta. La sede de nuestro pequeño círculo de investigadores aficionados.

—Julien Lascot encontró su merecido... —comenté en determinado momento—. Y la única que de verdad ha perdido algo en esta historia ha sido la señora Martigny.

Miraba las olas del mar desplazarse perezosamente delante de nosotros, subiendo con la marea. En menos de una hora tendríamos que ponernos a remar para volver al puerto antes de que anocheciera.

Y luego, a partir del día siguiente...

«Quién sabe —pensé—, quién sabe lo que sucederá».

—Diría que no ha sido la única —dijo entonces Lupin a mi espalda. Él y Sherlock estaban barajando unos naipes para ensayar un número de prestidigitación que les había enseñado el padre de Lupin.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con curiosidad.

Lupin las contó rápidamente delante de nosotros, sobre la arena, y añadió:

—Esto explica por qué no me sale, falta una carta. Las dividió por palos y resultó evidente que la carta que faltaba era la dama de picas.

—¡Vaya! —exclamé sorprendida por aquella coincidencia. Era la misma carta que habíamos encontrado como marcapáginas en el librito rojo robado en la habitación de Julien Lascot, cuando todavía pensábamos que se llamaba François Poussin.

Junto a nosotros, Sherlock se había puesto más pálido que un fantasma. Miraba las cartas y no hablaba. Cuando me di cuenta, casi me asusté.

—¿Sherlock? —le pregunté tratando de sacarlo de aquel estado—. ¿Sherlock? ¿Qué te ocurre?

—No es posible, sencillamente no es posible... —empezó a repetir él.

—¿No es posible qué? —le pregunté. Miré sus ojos desorbitados y luego las cartas—. ¿De quién es esta baraja? —le pregunté a Lupin.

—Es de mi madre —respondió Sherlock en voz tan baja que me costó oírlo.

Actividades

Responde estas preguntas en la libreta de lengua o descárgalas en un documento de word:

 **¿Cuál puede ser la razón de que Irene no se entienda bien con su madre?**

 ¿Qué disculpa puso Irene para poder ir a París con su padre?

 ¿Quién abrió la puerta del nº 6 de la rue de Mézières ?

 ¿Quién era en realidad el náufrago?

 ¿De quién era la baraja que estaban utilizando Sherlock y Lupin y qué tenía de extraño?

Corregiremos las respuestas el jueves en la clase por videoconferencia.